

Jesús y los mercaderes del templo... y de nuestras almas

1. La tradición cristiana siempre ha visto a Jesús como perfecto Dios y perfecto Hombre (Símbolo Atanasiano). Vamos esta tarde a reflexionar sobre algunos aspectos de esta doble dimensión de nuestro Salvador. Ante todo, su condición de verdadero Hombre. En los textos evangélicos se refleja fielmente la admiración que propios y extraños mostraban ante su *imponente personalidad*. Tenía, desde luego, una notable lucidez de juicio y una inquebrantable firmeza en su voluntad (K. Adam).

En todo su ser y en todas sus acciones hay unidad, firmeza, luz y absoluta veracidad. Una veracidad reconocida, muy a su pesar, incluso por sus propios enemigos: *Maestro, sabemos que eres veraz y que no te importa lo que diga la gente* (Marcos 12, 14), dicen antes de plantearle el dilema de pagar o no el tributo al César.

Quizás esa solidez y coherencia brilla aún más en los momentos de fuerte tensión emocional, como en la escena que acabamos de contemplar: la expulsión de los mercaderes del templo. Hay en Jesús, evidentemente, el ardor de una pasión santa, que deja a todos paralizados. Su voz y sus gestos son como un relámpago que brilla y un trueno que retumba. Y es claro que aunque actúa con ira, todos perciben que lo que está haciendo es correcto y, en consecuencia, no se atreven a impedirselo.

2. Vale la pena subrayar que en la humanidad de nuestro Señor no hay nunca un sentimentalismo blando y dulzón. Sus pasiones, sus emociones, están siempre sometidas a la razón. La poderosa energía que se desprende de su comportamiento está perfectamente dominada y canalizada. Aunque su rostro esté encendido y sus ojos llenos de fuego, su gesto no es violento e injusto. Estamos ante un apasionado amor a la verdad que se expresa en el celo por las cosas de su Padre celestial. Nunca como en esta ocasión, ha dicho un importante teólogo (K. Adam), mostró el Señor con tanta firmeza su condición profética y mesiánica.

No está de más, sin embargo, subrayar que en Jesús no hubo -no podía haber- una *violencia* como aquella que emplearon algunos contemporáneos suyos, los *zelotes*, para expulsar de Israel a los odiados invasores romanos. O como la de un guerrillero revolucionario, según han propuesto recientemente algunos teólogos de la liberación de inspiración marxista. O, mucho menos aún, el empleo del odio y la violencia para instaurar su reino como con fanatismo pretenden, hoy día, algunos fundamentalistas islámicos.

3. Su celo por el reino de Dios, nos enseña Benedicto XVI¹, fue completamente distinto. Nuestro Señor es el *Príncipe de la paz*. Entra en Jerusalén serenamente montado en un manso burrito. Y en lo alto del monte declara con solemnidad: *bienaventurados, dichosos, los pacíficos porque se les llamará hijos de Dios* (Mateo 5, 9).

Su serena majestad se impone a todos los presentes. Nadie se atreve a dudar, repetimos, de la justicia de su actuación. Los asombrados judíos que presencian la escena

¹ J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, II, pp. 27 y ss.

solo se atreven a preguntar por el origen de su *autoridad*. Y tal interrogante ofrece al Señor la ocasión de hacer una revelación maravillosa: *Destruyan este templo y en tres días lo levantaré*. Con lo que, como aclara san Juan, se refería al *templo de su cuerpo*. De manera que, cuando tiempo después resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de lo que había dicho y creyeron en Él.

En efecto, la señal que ofrece para actuar de este modo, para realizar con autoridad el sorprendente gesto de la expulsión de los mercaderes, no es otra que *la señal de Jonás*: la cruz y la resurrección. En breve va a morir, será sepultado en la tierra como Jonás estuvo en el vientre de la ballena, y al tercer día resucitará. Porque Cristo es verdadero Hombre pero, según decíamos, también es verdadero Dios. Y lo demuestra con esa prodigiosa señal. Una señal para el pueblo de Israel y para todo el mundo. En definitiva, tiene derecho de purificar de inmundicias el templo porque es el Hijo de Dios.

4. Con su actuación, con su extraordinaria firmeza, Jesús quiere dejar bien claro a sus discípulos de entonces y de todos los tiempos que no hay nada en la vida superior al conocimiento, al amor y a la adoración de Dios Padre. No quiere nuestro Salvador que se mezclen con las cosas santas del culto, los intereses económicos. Y esto, evidentemente, no es fácil de conseguir. Ni entonces ni ahora. La tentación de hacer negocios lucrativos con las cosas de Dios, ha acompañado tristemente a los ministros de la Iglesia a lo largo de la historia.

Entendámonos. No es que no sea razonable obtener una retribución por los servicios religiosos. Somos seres humanos, no ángeles, y los medios materiales son necesarios para proveer a la subsistencia de los ministros y para atender convenientemente a los fieles. Lo que hay que evitar tajantemente es que eso se convierta en el fin; que, con motivo de esas actividades, se lucre indebidamente. Recemos todos para que esta purificación del templo, llegue hasta los últimos rincones de la Iglesia y purifique los corazones de todos los que nos dedicamos al servicio del Señor.

5. Pero hay otra posible aplicación a la escena que estamos comentando. El templo de Dios también somos cada uno de nosotros. Y, no raramente, este templo se ve invadido por una caterva de mercaderes que lo envilecen con su presencia. Vendría bien que reflexionáramos un poco, en estos días de la Cuaresma, si no sería necesario también aquí, tomar el látigo y actuar con determinación. Hagamos un poco de examen hermanos míos: ¿No hay por ahí, en algún rincón de nuestras almas, envidias consentidas, resentimientos, afectos desordenados, apego exagerado a algunos bienes o comodidades que nos están quitando la paz y la libertad interior? Imitemos al Señor y decidámonos, hoy mismo, a expulsarlos de nuestra vida.

6. Que la Virgen María, valiente y dolorosa, nos acompañe en este empeño. Amén.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 4 de marzo de 2018